

Gracias, Mamá, por acercarme a Él.

Mamá, este Kislev, visitarte era mi querer.
No acertaba a creer aquello que contó Gabriel.
Soy un pobre pastor a quien miraste, que cambió:
tu dulce sonrisa, tu paz, tu voz... me convirtió.

Dios mismo bajó, me explicó con cariño José,
y el cielo se abrió, pues en ti se encarnó el Emmanuel.
Un ángel entonó y el coro celestial cantó:
¡Aleluya, paz a los hombres y gloria a Dios!

Gabriel y José me narraron cómo sucedió:
Conmovido, sin saber qué hacer, conduje mi grey.
Gracias, Mamá, pues por ti llegué y ante Él me postré.

Gracias, Mamá, por llevarme aquel día hacia Belén,
por, sin mirar mi pequeñez, dejarme cogerle,
besarle, a Él. Yo solo soy Juan, un niño pastor.